



BIOGRAFÍA SOBRE ROSAS
El testimonio de un tal Gutiérrez

Página 3



CONTRATAPA
El oficio de ser Pavese

Página 4

télam
 AGENCIA NACIONAL
 DE NOTICIAS

SLT

WWW.TELAM.COM.AR

SUPLEMENTO LITERARIO TELAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 5 | NÚMERO 293 | JUEVES 13 DE JULIO DE 2017

Son esos ejemplares que marcan la diferencia entre una biblioteca y otra, esos que distinguen a un lector de otro. Como diría Rubén Darío libros elegidos "para el alambique", es decir, los esenciales. La aventura de perseguir sus huellas en viejas librerías o en Internet, no responde a la mera obsesión del bibliófilo, tampoco al aburrimiento del coleccionista, es el impulso de alguna razón de amor. En esta edición tres columnistas narran el cómo y por qué de sus hallazgos: Juan Pablo Bertazza desempolva la tercera novela del loco Gustav Meyrink editada en los '80; Osvaldo Quiroga, opta por una joya donde Eduardo Gutiérrez da testimonio de las salvajadas de Juan Manuel Rosas; y Walter Lezcano, establece un puente entre un ciudadano y el encuentro fortuito con el Diario de Pavese.



Los raros

La aventura de buscar libros

Revista de Noticias | www.ahira.com.ar

En *Poesía Beat*, el editor Juan Arabia y el periodista Mariano Rolando Andrade reúnen la producción poética de 40 autores de la Generación Beat, donde además de los clásicos Jack Kerouac, Allen Ginsberg y William Burroughs figuran nombres como Herbert Huncke, Anne Waldman, Philip Lamantia, Carl Solomon, John Wieners, Michael McClure, Gary Snyder, Lew Welch y Diane di

Prima. Publicado por Buenos Aires Poetry, el volumen reúne poemas de diversos autores que configuraron la intensa escena poética de la Generación Beat, moviéndolo contracultural estadounidense que en los años 50 abrió el camino a experiencias, intervenciones y producciones artísticas de un grupo de jóvenes disconformes con el sistema, la sociedad y los valores conservadores del país.



2 ■ REPORTE NACIONAL ■ SLT ■ JUEVES 13 DE JULIO DE 2017

El extraño caso de Meyrink

Traducida al español por Pedro Gálvez, esta tercera novela del escritor vienés fue editada en 1983, y nunca más reeditada. Su rareza reside—señala el autor de esta nota—, en la descripción de una Praga esotérica y mística, donde resuenan los ecos obsesivos de Franz Kafka.



→ JUAN PABLO BERTAZZA

A veces la extrañeza literaria se vuelve tan densa y contagiosa que va impregnando la propia biografía de los autores, extendiéndose también, lo que es aún más notable, a la propia circulación de los libros. Como los perros que se terminan pareciendo a sus dueños y se contagian sus fobias, vicios y caprichos hay libros objetos que se mimetizan con aquellos que los escribieron.

Dar en una librería con *La noche de Walburga*, publicada originalmente en 1917 (tres años después que El Golem) es tan extraño como el propio autor del libro.

Gustav Meyrink nació el 19 de enero de 1868 en el hotel Blauer Block de Viena, hijo bastardo de una actriz judía, Marie Meyer, a la que él terminaría odiando (por eso el cambio de apellido) y un aristócrata germano que se desempeñaba como ministro del rey de Wurtemberg.

El título del libro refiere a una antigua festividad que se celebra cada 30 de abril, más conocida para nosotros como la "Noche de las brujas". Pero, a su vez, el nombre de este rito proviene de Santa Walburga, una monja inglesa que, misip, en el contexto de la Euphoric... atribuye un verdadero blindaje contra maleficios y cualquier otra forma de las artes mágicas.

Hace varios años que empecé a buscar alguna edición de *La noche de Walburga* en librerías de viejo,

páginas de Internet y a través de consultas a librerías amigas que llevan muchísimos años en el rubro y la verdad es que, en un momento, casi me resigno. Hace algunas semanas, por suerte, tuve algo así como una intuición y volví a buscarlo en la página de Mercado Libre (algo que ya había hecho, sin suerte, más de una vez) y apareció rehaciente esta edición española del año 1983 de Brujuela, con traducción de Pedro Gálvez y una hermosa cubierta con las características torres de la ciudad de Praga y la presencia inquietante de la luna.

Hasta hace poco tiempo, tanto con los libros como con el amor, contar que el encuentro había sido gracias a Internet no tenía mucho encanto. Y ahora estamos tan inmersos, tan adentro de redes sociales y todo eso que es como si ya las múltiples variantes que existen para conocer a alguien—o encontrar un libro—en la calle se reprodujeran dentro del universo de Internet. Me daba tanta curiosidad este libro que creo que lo terminé de leer el mismo día que lo compré. La novela se centra, en aquella celebración en homenaje a Walburga que también inspiró una célebre y tremenda escena del *Pluuto de Coche*, y tenía el objetivo de conjurar el disco de brujas y otros seres poco dados a la razón a rumpir en las puertas de este mundo.

Leer a Meyrink es una gran experiencia recomendable, una por lo tanto que merece ser recomendada a quien quiera experimentar una especie de precuela o programa piloto de las caracterís-

ticas atmósferas kafkianas. Por otra parte da la sensación de que su escritura está casi siempre como fuera de foco hasta que aparecen repicampos de una lucidez extrema que generan una desesperación por subrayar: "Todo cuanto podía imaginarse en su exaltación juvenil por sobre la belleza, el placer, el esplendor, la felicidad, y la embriaguez de los sentidos lo adjudicó desde entonces a aquel nombre hasta llegar a convertirlo en una palabra mágica".

Al igual que había hecho con el viejo gueto judío en *El Golem*, Meyrink vuelve a utilizar la ciudad de Praga como escenario en esta novela, aunque ahora se trata de un sitio absolutamente dividido en dos: el Hradshin y Praga.

El primero es el distrito más antiguo de la ciudad, un recinto fortificado y exclusivo que contiene el castillo de Praga que, en realidad, no es un castillo sino un complejo que incluye diversas edificaciones entre las cuales se destaca, sobre todo, la Catedral de San Vito. Al igual que va a suceder años más tarde en la póstuma novela *El castillo de Kafka*, quienes habitan ese castillo son una serie de nobles anacrónicos, ególicas e indiferentes a la realidad de todos aquellos que no habitan el castillo, a quienes de hecho desprecian pero, al mismo tiempo, pretenden gobernar.

Jugamente la novela transcurrió en un mundo subterráneo pero con claras similitudes para aquellos que las quieran ver, se percibe una revolución política y social sin precedentes que buscará trastornar el sistema.

No sería equivocado pensar



que la propia condición bastarda de Meyrink se ubica en una especie de síntesis entre esos dos espacios que opone su novela, al mismo tiempo, en un puente entre los otros dos mundos: el de los vivos y el de los muertos. Es que, al igual que sus personajes, el propio Meyrink estaba envuelto en una aureola tan enigmática como espectral y, desde muy chico, se empezó a interesar por el ocultismo y el mismo aseguraba que había cruzado un verdadero umbral a los 23 años luego de un intento de suicidio por motivos sentimentales. Ya durante sus primeros años en Praga, Meyrink practicó asiduamente el espiritismo aunque no dejaba de tener series reserves sobre ese tipo de creencias. Con el tiempo, sin embargo, esas experiencias se empezaron a incrementar y son múltiples las anécdotas y retratos que narran cómo Meyrink era capaz de aparecerse a gente en sueños, comunicarse a forma telepática, usar distintas drogas para ampliar sus percepciones y hasta advenir números con el objetivo de hacer ganar dinero: una vez, por ejemplo, un grupo de hombres le pidió que, tres días antes de que fueran anunciadas por el Banco de Crédito austríaco, Meyrink les cantara el precio con el que se comercializarían veinte acciones.

Meyrink acertó 16 valores y solo se equivocó en los otros cuatro. Hoy, en el mundo de los negocios que él tenía en su poder. La historia se propagó a tal punto en Praga que generó la indignación y condena de todo el mundo de las finanzas hasta que prácticamente lo obligaron a abandonar la ciudad.



Una jueza de Madrid ordenó exhumar el cuerpo del artista español Salvador Dalí, fallecido en 1989, y obtener "muestras del cadáver para practicar la prueba biológica" de determinación de la paternidad de María Pilar Abel Martínez, quien presentó una demanda para ser reconocida como hija del famoso pintor surrealista. La demandante, nacida en Figueras en 1956, asegura que

"es fruto de una relación que mantuvo su madre con el pintor catalán, a quien conoció en Cadaqués (Gerona) cuando trabajaba como empleada de una familia que pasaba temporadas en esa población". Salvador Dalí fue sepultado en el Teatro-Museo Dalí de Figueras el 23 de enero de 1989, si haber dejado ningún indicio de paternidad.



El testimonio de un tal Gutiérrez



OSVALDO QUIROGA

¿Quién era Juan Manuel de Rosas? Apparentemente es una pregunta que puede responder cualquier argentino. Para algunos un dictador, el creador de la mazorca, el hombre que perseguía a sus opositores hasta que roldaban sus cabezas, el peor enemigo de la patria; para otros, en cambio, Rosas representa el compromiso con los más humildes, el gobernante que se enfrentó al bloqueo francés y defendió la soberanía de la Nación, el mismo al que San Martín obsequió su sable.

En la literatura argentina hay textos fundacionales, como *El mataleón*, de Esteban Echeverría, o *Amalia*, de José Mármol, que dan cuenta del clima de época que se vivía en una Argentina que se desahicaba en guerras intestinas. En el campo de la historia podemos descartar la biografía de Rosas de Juan Manuel Gálvez por ingenua y superficial, pero debemos incluir la del inglés John Lynch, y la más reciente: la de los historiadores Raúl O. Fradkin y Jorge Gelman: *Juan Manuel de Rosas. La construcción de un liderazgo político*, publicada a fines de 2015. Lo que no es común es encontrar material de primera mano, es decir, testimonios de los que vivieron la época o nacieron en años cercanos y pasaron su vida escuchando relatos sobre el hombre que vivía en el ya mítico caserón de Palermo y dirigía el país con mano dura. De ahí que entre los libros más raros que he leído figure *Historia de Juan Manuel de Rosas*, de Eduardo Gutiérrez, el mismo que en 1880 publicó *Juan Manuel de Rosas* y el mismo. El texto lo publicó el periodista Abelardo Castillo en una colección que dirige y que lleva por título "Los recobrados". Recordemos que Eduardo Gutiérrez nació en Buenos Aires en 1851, apenas un año antes de la caída de

Editado por la colección "Los recobrados" (que dirigió por Abelardo Castillo para el sello Capital Intelectual), el libro que aquí se rescata es una biografía sobre Juan Manuel de Rosas que escribió Eduardo Gutiérrez, sin recalar en datos históricos ni fuentes, convirtiendo a su texto en un testimonio "tan banal como apasionante".



Rosas. Hijo de una familia ligada a la literatura y a la política se dedicó al periodismo desde muy joven y publicó sus primeros folletines en "La Tribuna", "Pueblo Argentino" y "Sud América". Escribía con mucha velocidad y nunca corregía, de ahí su prosa desaliñada donde domina el afán narrativo por encima de la forma literaria. Lo cierto que es que la biografía que intenta pergeñar sobre Rosas es tan banal como apasionante su lectura. Porque si bien es cierto que no aclara las fuentes de donde extrae sus datos ni se preocupa por confrontar distintas versiones de los mismos hechos, también es verdad que tiene la frescura del que vive inmerso en esa época y puede describir con precisión desde la perspectiva de un contemporáneo los clichés que circulaban sobre los andares del dictador.

Ya en el primer capítulo de su

libro Gutiérrez no oculta su posición contra Rosas: "Mucho se ha escrito sobre la vida política del finísimo tirano, pero aún permanecen oscuros los dramas más sombríos de aquella época de sangre y crimen, de aquella noche de veinte años, bajo cuyas tinieblas fue envuelto el pueblo argentino". Y entre este comienzo se lanza a recordar algunos de los episodios más comentados que ocurrieron en Santos Lugares y Palermo, y desfilan las figuras de Troncoso, Parra, Cuitiño y muchos otros. Gutiérrez trata de demostrar que la ferocidad del caudillo provenía de su abuelo, que murió luchando contra los indios, y muestra también que Encarnación Ezcurra cumplió una función vital a la hora de armar las políticas rosistas. Pero el autor se aparta de los términos de que la familia de Rosas se oponía al casamiento con Encarnación. Entonces lo que hacen los jóvenes para lograr el consentimiento de los padres es nada menos que fingir un embarazo, lo que podía haber ocasionado, en esos

años, y tratándose de figuras destacadadas, un escándalo de proporciones inusitadas.

Una de las cosas extrañas del libro es, o al menos llamativa, es que en toda la primera parte Eduardo Gutiérrez no oculta su admiración por el caudillo. "Al año de entrar al colegio—escribe Gutiérrez—, no solo era el estudiante más aventajado, sino que había llegado a hacerse notable por su bellísima letra que llamaba la atención de cuantos la veían. A la superioridad de antecedentes de familia que el mismo poseía, él mismo añadió la superioridad de talento y de los conocimientos que iba adquiriendo día a día, superioridad

que hacía pensar sobre ellos cada vez que hallaba una oportunidad para ello, llegando a dominarlos por completo". Pero allí no se detienen los elogios para el mismo hombre que después criticará con saña. Eduardo Gutiérrez sostiene que la estancia Los Cervillos, propiedad de la familia Rosas, era la mejor administrada del país. También habla de la belleza física de Rosas y lo irresistible que resultaba para las mujeres, y por si faltaran elogios, describe el ejército de Los Colorados, que pertenecía a Rosas, como de una ferocidad y disciplina sin igual.

Algunas páginas de este libro, que sin duda tiene que figurar entre los más raros de la literatura, resultan difíciles de encasillar. Cuenta Gutiérrez que Rosas tenía preferencia por ciertas gallinas que todos conocían como gallipavos. Cuando un caballo dañó sin querer a una de ellas, Rosas lo mandó degollar. Pero cuando las gallinas entraron en su escritorio, según Gutiérrez en busca "de la caricia del amo", ordenó la matanza de todas. ¿Un anticipo del realismo mágico? Los gallináceos en el escritorio de *El caracol* no tiene a quién le escriba, de Gabriel García Márquez, evocan situaciones similares.

A Eduardo Gutiérrez no le importa el rigor histórico, la relación de Rosas con la guerra del Brasil está plagada de errores, no sólo conceptuales sino también geográficos. Lo que rescatamos de *Historia de Juan Manuel de Rosas* es la voluntad de narrar del autor. En su corta vida, murió en 1889, escribió más de treinta novelas, entre las gauchescas, *Horrores negros* y *Juan Chaclo* son las mejores, los relatos policiales de los bandidos más célebres de la época están presentes en *El asesinado Fiorini* y *Los siete bravos*, y entre las novelas históricas deben figurar, en un lugar destacado, *La mazorca*, *El partido del Hércules* y *El libro de Juan Manuel de Rosas*. En el texto literario siempre hay algo del orden de la verdad. Eduardo Gutiérrez lo intuye. Hoy debe tener muy pocos lectores. Pero ya es hora de leerlo de otra manera. O al menos de descubrirlo.

MUESTRA FOTOGRÁFICA SOBRE LA VIDA DE CHARLY GARCÍA

"Los Angeles de Charly", una muestra de fotografías del músico Charly García, tomadas por Andy Cherniavsky, Nora Lezano e Hilda Lizarazu, será inaugurada mañana a las 19 (con entrada libre y gratuita) en el Palais de Glace de la ciudad de Buenos Aires. Se trata de una colección de 200 imágenes, en su mayoría inéditas, de uno de los músicos más influyentes de la argentina.

"La idea de la exposición es indagar en los testimonios y las representaciones simbólicas que han construido durante su tiempo con él. Es decir, ver el Charly que ellos vieron, o más bien, el que quisieron ver. En definitiva, se trata de entrar a la composición, al recorte, a la fragmentación de su sensibilidad", explicó Elio Kapszruk, curador de la muestra que podrá verse hasta el 12 de agosto.



4 ■ REPORTE NACIONAL ■ SLT ■ JUEVES 13 DE JULIO DE 2017 ■ SLT.TELAM.COM.AR



CONTRATAPA

→ WALTER LEZCANO

El oficio de ser Pavese



El comienzo tuvo que ver con el azar y con el caos, como sucede a veces con los mejores y más duraderos vínculos literarios que arrastramos. En un principio fue el descubrimiento, encanto y atracción que producía una canción con espíritu de hit que sonaba mucho en la radio y se llama "Vendrá la muerte y tendrá tus ojos" de Los animalitos y Andrés Calamaro. Con el paso del tiempo me entré que ese título no era más que la apropiación de un poema de Cesare Pavese. Ahí descubrí el nombre del escritor italiano por primera vez. Investigué de forma desordenada en Internet parte de su obra y ningún otro título tenía esa potencia y fuerza. Lo dejé de lado sin piedad. La segunda referencia fue más trascendente. La lectura de un excelente cuento, "Un pez en el hielo" de Ricardo Piglia, terminó de configurar y estimular definitivamente mi encuentro con Pavese. Digamos que inició una bisbeña intensa como esa que tienen seguido los lectores desde siempre.

"Un pez en el hielo", escrito en 1970 pero aparecido por primera vez en la reedición de *La trinidad* (Austral) en el 2006, cuenta la historia de dos amantes: uno que sale mal y otro que se intensifica, desarrolla y se vuelve imposible de abandonar. Estas dos tramas se cruzan y por momentos se retroalimentan en el destino del texto. Emilio Renzi se encuentra en Ita-

"Vendrá la muerte y tendrá tus ojos", el famoso poema de Cesare Pavese, que es cita en una canción de Andrés Calamaro, le sirven al autor de esta nota para dar con la segunda edición al español de *El oficio de vivir*, uno de los grandes libros del poeta italiano.

lia por dos motivos: escapar del recuerdo de una pareja que se destruyó (la excusa íntima, privada) y estudiar gracias a una beca la obra, específicamente el Diario, de Cesare Pavese (la razón oficial). El cuento tienen un par de frases fabulosas ("Los suicidas son asesinos tímidos", "Ese es el estado de ánimo en el que se cometen los delitos.") y en un momento aparece nuevamente el título: "Vendrá la muerte y tendrá tus ojos". Además, el cuento transcribe fragmentos del Diario que lo un material profundo, luminoso y hasta portador de alguna clase de sabiduría que sólo los suicidas tienen. No había dudas ya: tenía que conseguir el Diario de Pavese: *El oficio de vivir*.

La primera edición del Diario, armada por Natalia Giménez y Italo Calvino con algunos cortes frutos del pudor, es de 1952, dos años después del suicidio de Pavese que fue en un hotel turinés el 27 de agosto de 1950. A nuestro país, *El oficio de vivir* llegó en 1957 a través de la Editorial Raigal y contrahata con una traducción de Luis Justo. Como cualquier lector festichista y obsesivo buscaba conseguir esta edición. No era los tiempos de crisis. Me quedaba libre era la forma más rápida de conseguir esta clase de objetos específicos: había que caminar, preguntar y en definitiva armar redes y mapas para cubrir todo el territorio posible. Vivir en zona Sur no ayudaba demasiado. Así que las

excursiones hasta Capital Federal era mi esporádica y las recordadas por las librerías de saldo de calle Corrientes no me daba más que respuestas negativas.

Dejó de buscarlo. Y ahí, finalmente, ocurrió unos meses después: una mañana de invierno en una librería íntima de viejos y usados en la ciudad de Adrogué (de donde es oriundo Ricardo Piglia, nada es casualidad, por supuesto) encontré el libro que había estado buscando. Pero fue, todo hay que decirlo, un encuentro imperfecto. La edición que vendían era la segunda, la de la editorial Siglo Veintiuno publicada el 10 de agosto de 1976. Sin embargo, por un precio ínfimo (todavía está marcada con lápiz: 10 pesos) me pareció una compra sólida porque se trataba del mismo texto ya que era la traducción de Luis Justo.

Con un diseño de tapa a tres colores y una tipografía de interiores muy similar a la utilizada por la Editorial Raigal, esta publicación de Siglo XX respecta en todo a esa primera edición. Y el hecho de que circulara de nuevo en un año tan terrorífico como el de 1976 cuando comenzaba la última dictadura militar, hace pensar en el momento de su aparición. Un clásico universal indiscutido e instalado en las bibliotecas de los lec-

tores entrenados, había una intención de reflejar literariamente la angustia y el tormento personal que se vivía en esos años. El oficio de vivir es el diario, por momentos adiantante en su derrota y pesimismo, de un hombre en estado de conflicto personal. Ya sea consigo mismo, con el sexo femenino, con la literatura, con su entorno familiar, con las condiciones sociopolíticas y económicas de Europa y el mundo, es decir: con toda la cultura occidental tal cual la conocemos.

El 30 de octubre de 1940 anotó: "¡La fuerza de la indiferencia!... permitió a las piedras perdurar sin cambios por millones de años." Indiferencia es lo que el bueno de Pavese no podía concretar: se embarcaba con pasión y entregándose totalmente a cada sensación negativa, ardiente, que lo embargaba y que, de alguna manera, lo llevó a su triste final. Su última y legendaria anotación es del 18 de agosto de 1950 y dice así: "Todo esto da asco. Basta de palabras. Un gesto. No escribiré más." Hablaba, por supuesto, del hastío insostenible de pensar y girar sin escapatória alrededor de sus ideas y volverse, de una vez por todas, un verdadero hombre de acción. Nueve días después se suicida tomando diez somníferos en un hotel de Turín.

Pero *El oficio de vivir* tuvo una segunda vida en las librerías de todo el mundo. En el año 1990 apareció una nueva edición, esta vez íntegra e incluyendo aquellos fragmentos que habían quedado Natalia Giménez e Italo Calvino por hacer referencia a cuestiones muy privadas como sus posibles disfunciones sexuales, esta vez a cargo de Marziano Guglielminetti y Laura Nay y publicada por Seis Barril. Con una traducción de Angel Crespo, esta edición respetó el manuscrito original y en su totalidad. Leer esos fragmentos inéditos es como ir a un terreno mayor hacia el infierno del hombre moderno que pudo retratar como nadie, y en primera persona, Cesare Pavese.

